

COMO MUEREN.

La prensa de París nos da cuenta de la función que acaba de verificarse á beneficio de una gran actriz que se halla en la miseria.

Pocas artistas mueren aún en plena juventud, al pie del cañón, cuando el laurel de la victoria más reciente está fresco y vivo aún en sus sienes. Las más languidecen y decaen, tienen menguante, sienten caer la nieve de los años en su cabellera, y mueren poco á poco, paulatinamente, con los dientes que se caen y las canas que salen. El público las abandona. Entonces comienza para ellas la vida trashumante de los viajes. París es á manera de una luz fuerte y cruda que deja ver todas las arrugas. Cuando la pata de gallo se dibuja en la sien, la artista deja su teatro y sube á la carreta cuyas bondades cantó Scarrón en *Roman comique*. Las medianías artísticas viven con mayor regocijo en las ciudades de provincia. Allí, la actriz que en la *Renaissance* ó en los *Bufos* hacía el papel de Paquita, canta «Giroflé»; el actor que desempeñaba el papel de Carabinero en los «Brigantes», canta de primer tenor ó de barítono. Así se forman todas las compañías trashumantes que van á recorrer las provincias y América. Nada más triste ni más amargo que este declive de la vida artística. Las grandes diosas parisienses mueren llenas de polvo y arrumbadas en el rincón telarañoso de un teatro, junto á las sillas desvencijadas, los telones desteñidos y los muebles rotos. Algunas se casan, como Hortensia Schneider. Siempre se encuentra un alemán para estas redenciones. Otras agonizan en el hospital, después de haber retorcido con su ma-

no nerviosa la crín dorada de la fortuna: son las hijas pródigas. Su quiebra, casi siempre es fraudulenta. La justicia remata sus trajes, cuyo soberbio lujo perdió á tantas mujeres; sus joyas, que costaron tantas lágrimas como brillantes tienen; su lecho, suntuosamente impúdico; el reloj que contó las horas del amor y que ya no señalará la hora de la muerte; el sillón, cuyos mullidos almohadones guardan todavía la huella de su cuerpo voluptuoso; los mármoles, tan desnudos como ellas, y los bronce, tan oscuros como sus almas: todo cae bajo la vista inquisidora de la curiosidad nunca saciada, desde la taza de porcelana china que conserva los asientos de té, hasta los pliegues de la soberbia sábana de Holanda.

El cochero de la diosa arruinada compra los carruajes y los caballos, para establecer un sitio; las modistas resucitan los vestidos, y los mismos amigos compran las alhajas que antes le habían dado, para adornar con ellas otros brazos y otros cuellos. ¡Triste suerte la de estas mujeres! Todo las abandona, hasta los muebles! Pasaron ya los días en que las haciendas, los dominios, las casas de comercio, los talleres, colgaban de sus oídos en figura de pendientes, cosquilleaban su cuello bajo el color de finas esmeraldas ó se enredaban en sus brazos níveos, figurando soberbios aderezos. En aquel tiempo—*in diebus illi!*—un gran señor les regalaba su palacio, y una sociedad anónima contribuía con los muebles. Si lo hubiera querido, sus amantes habrían cubierto de oro hasta los granos de cebada que comía su corcel en la caballeriza. Hortensia Schneider dió durante el segundo Imperio un banquete. Al terminar la fiesta, cuatro negros llevaron al salón una tina de mármol sonrosado.

Vaciáronse más de ochenta botellas de Champagne, y la diosa de la opereta entró á aquel baño, digno de una Cleopatra parisiense. Cinco minutos después, Hortensia salía del Champagne como Afrodita del Océano, y los alegres comensales escanciaban en sus copas el líquido, hirviente aún, de la marmórea tina. Pero estos grandes apoteosis pasan: esas mujeres insaciables que digieren trescientos sesenta y cinco ricos cada doce meses, cuando el año no es bisiesto, tienen también su inevitable decadencia. Son los monstruos de colmillos agudos, expresamente creados para devorar á los imbéciles. Si con oro se pudiera forjar un rayo de sol, ellos lo habrían forjado en algún día lluvioso.

Los banqueros dejaban en sus casas el reloj, la cartera, hasta el anillo mismo de las bodas.

Pero una noche la ruina llama con sus dedos nudosos á la puerta.

¿Qué viento arrastró en su vuelo vertiginoso los *bancknotes*? ¿En qué hoguera se consumieron las alhajas?

Muchas onzas cayeron en los cofres, pero éstos, como el tonel de las Danaides, no tuvieron jamás fondo. ¡Oh, si pudieran llenarse por sí solos como el cofre de la princesa de Bagdad! Los caballos se van como si también fueran amantes.

El telón, que figura un palacio, se levanta, y queda la cabaña sucia y pobre.

La maternidad es el consuelo supremo de esta decadencia.

Pero ¡cuán pocas de esas grandes princesas de la ruina, tienen ese sagrado privilegio!

Hoy está en boga entre las grandes actrices de París, lo que podría llamarse la maternidad artificial.

Margarita Ugalde posee una muñeca á la que da el nombre de hija. Sabe decir papá y mamá; puede ver todo con sus ojos de esmalte, y nunca llora. No tiene el defecto que las niñas tienen: nunca crece. Cuando mamá quiere, duerme; cuando mamá quiere, despierta. Dice papá de igual manera á todos los amigos de la casa. Es obediente. Los goznes de su pequeño cuerpecito están limpios y nuevos. Nadie puede seducirla.

Cuando la Ugalde vuelve á su palacio, cargada de ramilletes y coronas, va á besar la frente fría de la muñeca.

Y es que la mujer necesita ser madre, ó cuando menos parecerlo.

Pero en el mundo de los bastidores, las niñas viven poco, ó cuando viven, se escapan el mejor día con un corista.

Por eso las princesas de la ruina jamás tienen una cabeza rubia y pequeña que besar, cuando los aplausos se van alejando, como se aleja para el viajero que viene de Veracruz, el ruido de las olas.

El mundo las abandona y las arroja, como se tira una camisa sucia; la miseria, de formas angulosas, arrima su desvencijado y pobre asiento al mármol de la agonizante chimenea.

Las mujeres que viven muy acompañadas, mueren solas.





BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO.

LA DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

Observaba el *Siglo XIX*, ha pocos días, que los criminales y los viciosos, según la ciencia, son simplemente enfermos. Ya no se enferma uno porque se emborracha, sino que se emborracha por enfermedad. ¿Mata alguien á alguno? Pues ese asesinato es sólo un síntoma de que está alguno malo. . . . no el difunto, sino el pobre asesino. No hay que llamar al gendarme, sino al médico. No hay que llevar al presunto reo á la cárcel, sino á la botica.

Decíase antaño, «que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco.» Hoy diremos que son pocos los que tienen algo de poetas, menos aún los que tienen algo de médicos; pero que todos tenemos mucho de locos, ó mejor, que todos somos locos. Esto es consolador, muy consolador, para todos los asilados en los manicomios. Es la fraternidad y la igualdad universales, decretadas en la Convención Nacional de San Hipólito.

Jack, el destripador, es sencillamente un maniático. El Dr. Crington, de Londres, ha demostrado con absoluta claridad, que padece no recuerdo qué dolencia, aunque sí hago memoria de que la tiene y usa nombre griego. Así es que ese caballero debe ponerse en cura, atender á su quebrantada salud, y, en caso de que no tenga recursos pecuniarios para pagar á doctores, farmacéutico, etc., recurrir á una subscripción nacional, ó poner cepos en los templos protestantes con rótulos redactados, sobre poco más ó menos, como sigue: «¡Una limosna para el pobrecito enfermo que destripa á las mujeres!»

Estamos malos, no hay remedio. No somos malos, no, lo estamos.

La ciencia, á fuerza de progresos, ha llegado á decidir, con pruebas y testimonios innegables, que el verbo *ser* es equivalente al verbo *estar*. Se roba como se estornuda; necesariamente. Cuando le quiten á Ud. el reloj en la calle, y Ud. lo observe, y tenga la dicha, á pocos concedida, de atrapar al ladrón, lo que debe hacer es decirle:—Señor ¿qué tiene Ud? ¿está Ud. malo? ¿padece con frecuencia estos ataques? ¿Quiere Ud. carbonato? ¿un poco de bromuro. . . ?—Y si lo matan á Ud. diga: ¡Jesús! como si hubiera estornudado el asesino.

Es muy agradable haber llegado á esta conclusión de que todos estamos dementes. . . . Es decir, unos estamos y otros somos. Están locos los que están en San Hipólito: somos locos los que no estamos en ese palacio nacional de la demencia. Ya todos, absolutamente todos, somos iguales; ya todos somos hermanos. . . . y por eso mismo siento impulsos de llorar cuando pienso en mis pobres hermanitos los inocentes y desgraciados criminales!

No porque en la cárcel estén peor que en San Hipólito; no y mil veces no; sino porque á ellos, y con plena injusticia, se les condena á que los defiendan y á que oigan los discursos de sus defensores. Además, los señores Agentes del Ministerio Público, que también, y según la ciencia, han de ser locos, tienen la manía de decirles ante el Jurado atrocidades y blasfemias. . . . desgracia que no sufren los que toman el tren directo para San Hipólito. Por eso les aconsejo á mis amigos que, cuando gusten, suban á ese tren, de vía y de manga ancha, pero no al tranvía que va para Belén con correspondencia para el manicomio.

Me inspiran mucha lástima mis hermanos los asesinos y mis hermanitos los ladrones. Por poco no lloro en la repartición de premios que se verificó en la cárcel hace pocos días. Porque eso de tener enferma á toda la familia, es verdaderamente desgarrador. ¡Y yo veía allí á todos esos parientes míos, según la ciencia, que están malos, y tan encerrados, cuando tal vez lo que ellos necesitan, y lo que tal vez y sin tal vez desean, es el aire libre, el movimiento, el ejercicio. . . . de sus respectivas profesiones.

Sobre todo (este sobretodo está aquí para llenar; pero lo cedo á cualquier lector que tenga frío), sobre todo, me preguntaba yo: ¿por qué están unos adentro y estamos otros afuera? Ya se, porque la ciencia, en confianza, lo ha dicho á los sabios, que ésta no es una cárcel; que no hay cárceles; que éstos no son delincuentes, sino enfermos. Pero puesto que todos padecemos de una dolencia ¿por qué

no venimos todos á este santo y benéfico hospital que tiene, sobre todos, la ventaja de que en él no hay médicos? Después reflexioné que esto ha de ser porque no cabríamos en Belén todos los que á Belén tenemos el derecho legítimo de ir; pero, á pesar de todo, la condición de mis pobres hermanitos, que antes eran tan malos y hoy están tan malos, me apiadaba y conmovía!

Si de igualdad se trata, no hay que hacer odiosas preferencias. O todos, ó ninguno. Aquel simpático y distinguido caballero sufrió una enfermedad cuyo primer síntoma fué el parricidio; yo padezco la monomanía de escribir artículos. Las enfermedades son distintas; pero ambos estamos enfermos. ¿Por qué á aquél lo curan en la cárcel, á expensas del Gobierno, y á mí me dejan en la calle?

Creo que puedo quejarme y entablar querrela ante la respectiva autoridad.

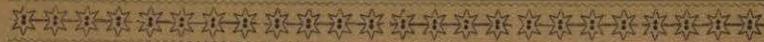
Porque si todos estamos enfermos, si todos somos locos, si el mundo entero es un gran hospital—mal atendido (como acontece siempre con los hospitales), por un médico anónimo—¿por qué hay enfermos privilegiados que se curan por cuenta del Estado en el manicomio ó en la cárcel, y locos que estamos fuera del presupuesto y que vivimos y nos curamos sin auxilio alguno?

Reflexionando, sin embargo—porque aún no estoy embargado,—sobre el punto, me ocurrió una duda. Esta enfermedad universal que vino á substituir á la fraternidad universal, ¿será un hecho positivo? Si todos estamos locos, como afirman los psicólogos modernos, ¿por qué he de creer á unos locos y no á otros? ¿No tendrán los sabios la monomanía de decir que todos los demás estamos tontos? ¿No tendrán los psicólogos la locura de creer que todos los demás estamos locos?

Esta duda me tranquiliza, porque eso de ser loco sin colocación y sin sueldo, no es muy agradable. Y tener que matar al padre ó á la esposa, para que el Gobierno se convenza de que está uno loco de verdad y le conceda el sueldo respectivo, es más desagradable todavía.

Si la ciencia, como es de presumirse, está en lo cierto, que se cierran, es decir, que se abran las cárceles; que se clausuren los manicomios, porque no pueden dar cabida á tanta gente, y que todos, en Dios, creamos en el Dr. Govantes, nuestro padre y nuestro médico.

¡Lástima grande que todos los asesinos ó criminales del antiguo régimen no hayan aprovechado los beneficios de la ciencia! El Código Penal debió de ser firmado por Herodes. Todos fueron y todos somos inocentes.



LOS INDIOS Y M. CLAUDIO JANNET.

I

Un artículo de M. Jannet, sociólogo no eminente pero sí estimable, ha renovado la vieja discusión acerca de si fué benéfica ó nociva la influencia del clero en el indio mexicano. M. Jannet peca de ligero en no pocas de sus apreciaciones; y, como buen patriota, cree que una transfusión de catolicismo francés, habría sido más saludable para el indio que la transfusión de catolicismo español. Como ejemplo, propone el del Canadá.

Digo, ante todo, que este galicanismo me parece imperdonable en el católico escritor de la *Revue des deux Mondes*. El catolicismo-dogma, ó es universal como su nombre lo dice, idéntico en todas partes, ó no es catolicismo. Serán los católicos más ó menos observantes, más ó menos fervientes, más ó menos aptos para la propaganda, y en ella sí deben entrar como factores las condiciones de raza; pero siendo la doctrina una en su esencia, ha de producir, una vez sembrada en tal ó cual surco humano, el mismo fruto, sólo tenuemente distinto por el matiz de la envoltura. Los fines del catolicismo dicen relación substancial con los principios de éste; así que, vengan los misioneros de España, Francia ó Italia, su propósito será siempre conseguir el triunfo de la doctrina que profesan, redimiendo á los hombres del pecado y salvando sus almas. Si esto es introducir un elemento civilizador en la raza catequizada, tanto da que los catequistas sean iberos cuanto daría que fuesen galos,

y si esa intrusión no ayuda al desenvolvimiento progresivo de las sociedades, culpa será de la doctrina común á esas dos castas de predicadores.

Asigna M. Jannet al catolicismo de la época de Luis XIV, en Francia, cierta superioridad sobre el catolicismo que nos trajo la conquista española. En esto yerra como católico. Precisamente el catolicismo á que alude él, por su tibieza, por su afeminamiento, por sus componendas con el pecado, por sus genuflexiones ante el poderoso, por sus condescendencias con las flaquezas del prójimo, tiene, en suma, mucha menor cantidad de catolicismo propiamente dicho, que el robusto, expansivo, conquistador é intransigente catolicismo español. La religión de los abates almibarados, de los obispos próceres, de los predicadores servilones, de los cómplices astutos de mancebías reales, no es la religión pura, ni mucho menos la á propósito para evangelizar pueblos idólatras: no soporta la fatiga de interminables caminatas, no arrostra las inclemencias del sol, no se embarca en naves toscas para cruzar desconocidos mares; y como su fe no subsiste ardiente é íntegra, mal puede enardecer las almas é imponerse por su propia fuerza en las conciencias.

El catolicismo español de hace cuatro siglos—lo llamo así para seguir la regnícola clasificación de M. Claudio Jannet, —sí era adecuado para emprender y rematar tales conquistas. Era vigoroso, batallador, osado, temerario; y era, sobre todo, irreducible, como ha de serlo cuanto aspire á ejercer gran poderío. Los sacerdotes de esa religión habían afrontado las iras de los reyes, habían curtido su piel á los rayos del sol, en contiendas con el moro; montaban, armados, á caballo; excomulgaban á las concubinas del soberano y al soberano mismo: máscula era su fuerza, y por eso fué ingente su predominio. Las luchas de Roma con la monarquía española son continuas. D. Pedro I de Castilla, Cruel ó Justiciero, persigue, con la espada desnuda, al Nuncio del Pontífice, hasta obligarle á embarcarse. Felipe II se halló en pugna abierta, y no pocas veces, con el Papa. Las órdenes eclesiásticas en tal época y en tal país, fueron por excelencia guerreadoras. Ellas, pues, reunían, más que ningunas otras, poderosos elementos de conquista. Porque sería el mirado español un prócer, un gran señor, pero no á la manera de los obispos franceses bajo el reinado de Luis XIV; no galanteadores y sagaces, sino feudales, campantes, con armas por arreos y la pelea por descanso. Catolicismo y España eran para esos hombres dos

gemelos inseparables. Extendiendo la religión engrandecían á España: de aquí la fuerza expansiva de ese catolicismo. Lo católico preponderaba sobre lo español, estaba encima de la idea de patria, como el pomo en forma de cruz está sobre la hoja de la espada. Ha ya rey católico, aunque sea extranjero. Lo genuinamente extraño, fuera monarca, príncipe, magnate ó rústico, era el judío, era el morisco, el judaizante, el luterano, el hereje, el cismático, el relapso, aunque hubiese nacido en España. Mucho de aventureros tenían esos sacerdotes; mas necesitaban ser así para acometer las empresas que acometieron. La fe de Colón y la temeridad de los conquistadores habían ellos menester para venir al nuevo mundo. Algo de San Ignacio de Loyola y algo de Pizarro, se fundía en su espíritu.

Desconocer la influencia que tuvo el fervor católico en el descubrimiento de América, es, á mi juicio, insigne ofuscación. Si tras el anhelo de dar gentes desconocidas á la cristiandad, ocultábanse codicias, es cosa que no quita su valor á una de las causas determinantes de aquella invención, de ese inmenso fenómeno histórico. Tal anhelo existió, y fué fecundo para la humanidad. Con eso basta.

El fraile estuvo en aquel hecho enorme. El fraile vino sin esperanza de premio terrenal. El fraile cristianizó á esa criatura de los siglos. El catolicismo implantado en América, hubo de ser traslado exacto del catolicismo reinante en España. ¿Cuál era el fin principalísimo que se proponía éste? La salvación de las almas. Dado este fin, era terriblemente lógico en sus proceder. La inquisición fué lógica. La persecución á los judíos, la guerra sin cuartel á las heregías fueron muy lógicas. ¿Qué es preferible para el hombre: arder perpetuamente en el infierno, ó vivir emparedado este instante del tiempo que se llama vida, con esperanzas de ganar la gloria? ¿Qué es preferible para el bien humano, para el bien de los más: la perdición eterna de muchas almas, ó que algunos cuerpos se consuman, como leña seca echada al fuego en un auto de fe? Si la vida es destierro, valle de lágrimas, huelga. . . . no huelga, perjudica lo que tienda á engréirnos con ella, á hacernosla amable, contrariando los designios de Dios. Si por el dolor se sube al cielo, respetémosle, amémosle.

Esta doctrina ha mudado, aunque no en esencia—esto es en lo que atañe á la santidad y hermosura del dolor,—ha mudado, puli-

da por la corriente de las edades, y ya se entiende que puede perseguirse el bien transitorio, asequible para el hombre, sin perjuicio de perseguir la definitiva, eterna dicha; pero esa doctrina con todas sus asperezas y desgarradores picos, era la que informaba el catolicismo puro en aquella época. Los misioneros, los frailes y los clérigos que pasaron el mar para venir á América, tenían, pues, de aplicarla estrictamente, y con más rigores que en su tierra, porque los españoles eran, en su sentir, predilectos hijos de la Iglesia, reconocidas criaturas de Dios, y, amén de esto, habían merecido por sus hazañas en pro de la religión, por sus guerras santas, grandes mercedes y privilegios, de grado otorgados por la Divinidad; en tanto que los indios, cuya racionalidad se discutía, hijos del pecado, creados en el pecado, esclavos de la ignorancia, idólatras y perversos, en una palabra, seres inferiores, no podían tener derecho á iguales gracias que los pueblos cristianos.

Planteada así la cuestión, estudiaremos si el fraile español dió al indio lo que pudo darle.

II

El indio, tal como le consideran algunos filántropos, dolidos de las cuitas que le aquejan hoy, es un ente imaginario. Ese indio, criatura superior, desposeída de sus excelencias por la conquista española, ese indio que fué — colectivamente le considero, — grande como guerrero, egregio como artista, magno como filósofo y legislador, no tiene realidad histórica ninguna. Hubo entre los indios grandes caracteres — Cuauhtemoc el más grande, así como, después de la conquista, en la época moderna, Juárez fué un gran carácter; pero esas pujantes individualidades que exúberas emergen de océano obscuro, á manera de islas enormes, no resumen el espíritu, las virtualidades de la raza. Moctezuma, el débil, el pasivo, es más del protoplasma indio que Cuauhtemoc.

Blasfemaría diciendo que los aztecas eran salvajes. Su natural viveza les había hecho tocar á un grado de cultura muy notable, si en sí misma la consideramos; pero cuando el indio aparece como actor ya visible para todos en la escena del mundo, esa cultura inconcilliable en sus lineamientos principales con la civilización eu-

ropea, no podía sobreponerse á ésta, y encimada vivir, desarrollándose independientemente de la otra. Sociólogos profundos, Draper entre ellos, dicen: «En México y en el Perú quedaron aniquiladas civilizaciones en las que mucho tenía Europa que aprender. Por algo aparece España como inmóvil esqueleto, en medio á naciones vivas, dando así ejemplo al mundo; pues, de no ser, así la humanidad, con buen derecho exclamaría, mirando á España impune: — ¿No hay castigo? ¿No hay Dios? El siniestro destino de ese pueblo le llevó á destruir dos civilizaciones, la civilización oriental y la civilización occidental, y á hallar, en los escombros de las dos, la ruina propia.» (DRAPER. — *Historia del desarrollo intelectual de Europa.* — Tom. 3.º pág. 91.)

En estas afirmaciones del insigne escritor norteamericano, así como en las subsecuentes relativas á la excelencia de la cultura azteca, basadas, no pocas veces, en dices sin pruebas, en hipérboles de los misioneros y en patrañas de los conquistadores, échase de ver el odio del protestante al católico, enturbiando el criterio crítico. Un «se dice» basta á Draper (Tom. 3.º pág. 107) para equiparar la destrucción de manuscritos, atribuída al primer obispo de México, con la «hecatombe de manuscritos árabes» hecha en la misma época por el Cardenal Jiménez. La piadosa exageración de Fray Bartolomé de las Casas, tomada al pie de la letra, indúcele á asentar como hecho fuera de litigio que QUINCE MILLONES de indios fueron exterminados en los primeros días de la conquista. El protestante, sin duda, no el historiador, es el que habla en tales casos. Las sociedades de la América Central ocupan la cima de la civilización americana: su organismo es con mucho superior al de los pieles Rojas y al de los Guarayos; pero no por eso dejan de ser sociedades despóticas y aun bárbaras. — (LETOURNEAU. — *Sociología*, pág. 479.)

En el imperio azteca, gobernar y guerrear, lo segundo sin más fin que el de procurarse los prisioneros necesarios para los sacrificios humanos, imperiosamente exigidos por la religión, eran las principales faenas de la casta aristocrática. — (RICHARDSON. — *Historia de América.* — Lib. 4.º)

¿Cómo habríamos de parangonar ese estado social con el de Europa en la misma época, inclusive el de España? Un maestro, Justo Sierra, resume la cuestión en esta página de su *Historia General*: «América era en parte salvaje; había grandes porciones que habían adoptado la vida sedentaria, signo por excelencia de la civilización,

aunque su organización era rudimentaria; otros pueblos, como los Nahoas, los Mayas, los Peruanos, habían formado grandes ciudades, estaban constituidos en una fuerte jerarquía teocrática y militar; la división del trabajo había dado origen á la formación de castas; las artes, la industria, el comercio, progresaban entre ellos; no les era desconocida la escritura fonética (á los Mayas, sobre todo), y tenían literaturas principalmente sagradas. Eran, pues, civilizaciones plenas, con la singularidad de que eran de generación espontánea (los contactos con el Asia son problemáticos y deben de pertenecer á las épocas prehistóricas), hijas de la raza y el medio. Había en estas civilizaciones deficiencias enormes, y eran, sobre todo, incompatibles con la complejísima y dos ó tres veces renovada civilización de los indo-europeos; puestas en contacto, la americana estaba destinada á morir; mas arraigaba tanto en la naturaleza del indígena, que su decadencia ha durado siglos: incapaz de sobreponerse á la otra, tomó un carácter de pasividad infinita, y opuso una muda resistencia á la transformación que sólo se ha verificado en las capas superficiales de la raza.»

Entiendo que este juicio, el más comprensivo de cuantos conozco, deslinda el campo. Era civilización la azteca, pero inferior á la indo-europea, y sentenciada á muerte. No podemos cantarle elegías ni llorar su pérdida. A esas exequias no asiste el espíritu del progreso. Aquel contacto, brutal sin duda, pero necesario, á que se refiere Justo Sierra, fué fecundo para la humanidad.

No hay indicios de que la pérdida con tanta pena como ira deplorada por Draper, sea comparable siquiera en magnitud con lo ganado para la civilización general por medio de la conquista; vino ésta de España, y de ahí, por fuerza, tenía de venir en ese momento el desarrollo humano. Trajo el catolicismo, y sin él, ni la invención de América se habría logrado en aquella sazón, porque de palanca tan formidable se hubo menester para levantar un mundo nuevo. La parvada de loros que desde la *Pinta* vió Pinzón volando hácia el Sureste, y que indujeron al almirante á marear en el propio sentido, fijaron la distribución en América del cristianismo latino y del cristianismo germánico.

La conquista fué. No es un hecho por realizarse. Fué, y fué española y fué católica. Más aún: no pudo ser de otra manera. Amén de inútil, es disparatado darse á divagar imaginando lo que habría pasado si, en vez de españoles, vienen franceses, anglo-sajones ó

venecianos. No vinieron. Insisto en decirlo: no era posible que vieran. Sólo España y Portugal pudieron disputarse el descubrimiento de América, rompiendo con un golpe de sus hercúleos hombros la puerta inmensa que abrió paso á las conquistas. España y Portugal: ambos países católicos. Portugal estuvo á punto de ganarle á Colón la delantera; pero fué más prudente, mucho menos grande. Por lo mismo, conquistó España á Portugal un hombre ante cuya empresa extraordinaria como que retrocede la de Colón: Magallanes. ¿Dedúcese de esto que los españoles fueran más sabios que los portugueses? De ningún modo. Eran más temerarios.

Esa temeridad les venía de la fe religiosa, les nacía de la raza. Tenían, pues, para lanzarse á temerosas y atrevidas aventuras, la creencia ciega en la protección divina—patrimonio de ellos,—probada, quemada, encallecida en las bregas por la reconquista; fe inconmensurable que era fervor apostólico en el misionero, soberbia irreducible en el batallador, codicia desapoderada en el aventurero; audacia infinita que hasta parecía ligada en secretas complicidades con el triunfo; pobreza que obligábales á desamar la vida; arrojo de hidalgo venido á menos, que fía á un vuelco de los dados el resto de su fortuna, seguro casi de ganar; hábito empedernido de guerrear, y de guerrear con buena suerte; odio al trabajo plebeyo; aptitud para el robo á mano armada, revestido de ciertos atavíos caballerescos.

El *Romancero* promete las grandezas y los horrores de la conquista.

La fe de Pelayo promete la invención de América. Al Catolicismo, expansivo de suyo, conquistador desde su origen, desde el «id y enseñad á todas las naciones,» le venía estrecha España. Estaba ocioso. Después de sus contiendas con el moro, había quedado como preso dentro de una enorme catedral. Y á él le gusta aparecer con pompa de Sacerdote Sumo en la Basílica; pero después de haber dejado en el atrio y jadeante su bridón de guerra. Primero, el casco: la mitra, después.

La propia fe que salió huracanada de la gruta de Covadonga y de la cueva de Manresa, se echó al mar desconocido, arrastrando á Colón, divinamente ciego.

No era la bien nutrida, la bien hallada con la existencia, la devota del arte que imperaba en la corte pontificia, cuando León X pasaba gran parte de la noche leyendo á su hermana y á los cardenales la *Océánica* de Anghiera. No; era la que lee el Gran Océano.

Imposible separar de ese talud histórico tajado por el descubrimiento de este continente, la gran sombra religiosa que extiende los brazos sobre ambas cumbres. Imposible también la conquista sin el aventurero inconscientemente heróico, sin el hidalgo pobretón y valiente, sin el desalmado foragido, sin el ladrón que, robando, no cree robar, porque lo ajeno debe ser suyo.

Para juzgar al acusado, hay que tener en cuenta su fe, su raza, su abolengo, sus ascendientes inmediatos, toda la enredada maraña atávica en que está envuelto su ser. El reo que tenemos en el banquillo es reciamente católico y hondamente español.

III

El pueblo español era, cuando las nupcias de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el soldado de Cristo. A poco andar, su historia consúmase en ese gran reino de la empresa durante setecientos ochenta y dos años perseguida. Granada abre sus gajos de corales, y la reconquista se realiza. El hálito vital del islamismo hispano, con el postrer suspiro de Boabdil se extinguió en el aire de los cármenes. Despareció la media luna, como góndola argétea de corvas extremidades aguzadas, llevándose el alma doliente de una civilización con salomónica brillantez, colorida, y que amó y durmió y soñó en oreantes bosquecillos de naranjos. Quedaba recatado, obscuro, pero vivo, el genio hebreo. Quedaba el pueblo escogido de la Ley Antigua, próximo á ser presa del mozo pueblo, predilecto de Jesús. Inveterado odio les unía rabiosamente, cuerpo á cuerpo, en formidable abrazo de león á lobo. Era el judío mayorazgo avaricioso por gracia del Viejo Testamento; y era de arrestos el español, ávido de morder los pergaminos del rival y de azgar para sí la herencia toda. En balde pedía piedad para el hebreo, aquel santo Vicente de Ferrer, hinchando con sus clamores el aire tibio de Valencia: aullaba la jauría, é íbase, disparada, la sintrailla, tras la raza acosada. Expira ésta en las juderías, harapienta y desnuda; hacínase, formando montones de reseca rajás, en la hoguera; la muerde el can, la desmenuza el cazador. De nada ha de servirla lo

que le dió á la ciencia, el salpique de piedras preciosas con que abri-llantó el arte. Va á morir. El genio hebreo,

Númida errante abatirá su tienda
Callada huyendo entre la sombra fría.

Al descubrirse América, cerca de trescientos mil judíos salen expulsos de las costas españolas. La unidad por el exterminio estaba hecha en España. La hoz había igualado.

¿Qué empleo va á dar á sus pujantes fuerzas el soldado de Cristo? Surge América, y el inmenso platillo colmado de ambiciones y codicias se vuelca sobre ella. El soldado de Cristo, vencedor y ahito, queda guardando sus conquistas. El aventurero de Cristo se echa al mar. Tanta energía acumulada por la sin tregua lucha con el islam y por la cruenta persecución á los judíos, requería abrir un canal por donde salir y desahogarse. Ese canal fué el Océano ignoto; y ese campo desbrozado, apercebido al riego, fué un mundo. Guarda España la fuerza necesaria para cuidar de su unidad religiosa, para obstruir el paso á la invasora herejía luterana: el resto, la espuma de su enorme puchero cae desbordada en América. Viene el aventurero con instinto de ave de rapiña, y con él viene el misionero como sorbido por inmensa sed de caridad. Viene la parvada de pajarracos negros, y á la zaga de ésta vienen las aves del buen Dios.

Fuera injusto acusar á los fervientes misioneros de ambiciones y de concupiscencias. Eran, en realidad, apóstoles y mansos conquistadores de almas. «Desde Bartolomé de Olmedo, Bartolomé de las Casas, Pedro de Gante, Martín de Valencia, Motolinia, Sahagún y demás primeros misioneros, hasta los últimos años del Siglo XVI, fué el Siglo de oro del monacato en Nueva España; que si en el Siglo XVIII y en el primer tercio del XIX, los ostensorios, las cruces y los incensarios eran de oro, en el Siglo XVI los monjes eran de oro.» (AGUSTIN RIVERA. — *Principios críticos sobre el virreinato*. — Tom. 3.^o pág. 7.)

Menéndez Pelayo en su «Ciencia, Española,» dice, encarándose con sus impugnadores: «Soléis confundir la corona con el cerquillo. No frailes, sino monjes serán los míos.» Yo de igual suerte digo: monjes, que no frailes, son los míos; monjes son estos de que hablo, inflamados por la más pura caridad; monjes como aquel Fray Francisco Ximénez, primero en celebrar el sacrificio de la misa en Nueva

España; varón justo, embebecido y absorto en el amor de Dios hasta tal punto, que había menester de compañero para que éste le advirtiese cuándo era llegada la hora de alimentarse y reposar; monjes como Fray Miguel de las Garrabillas, el extático, para quien se vuelve todo lenguas, alabándole, el Manuscrito Romero Gil; monjes como aquellos santos cuyas vidas han de leerse en legendario, mejor que narradas, llana y mansamente por el franciscano Diego Valadez; monjes sin más arrimo que el de la fe, sin más armas que la espontánea y límpida en grueso chorro despedida por bien lleno corazón. No es mi propósito historearles ni referirme á los empeños y proezas de esos andantes caballeros del Crucificado. Resume á todos el Las Casas, magno por la potencia del amor y por la insuperable perseverancia en la faena. «Fray Bartolomé de Las Casas tiene, como Cristobal Colón, derecho de ocupar algunas páginas en la historia de todos los países americanos. Suscitado por la Providencia en los momentos en que los españoles, olvidados de toda idea de humanidad, anegaban en sangre el hemisferio occidental, se destaca como un astro luminoso, en medio de las sombras que le rodean. Apóstol de una idea humanitaria, todo le parece lícito para alcanzar su objeto; exagera siempre, calumnia á veces, y llega hasta ponerse en contradicción con sus propios principios. La vejez no le cansa, y sólo experimenta un instante de satisfacción el día en que ve realizados en parte sus filantrópicos deseos.» (ELIGIO ANCONA.—*Historia de Yucatán*.—Tom. 1.^o pág. 359.)

Aquel Las Casas, aquel PROTECTOR GENERAL DE LOS INDIOS, como le tituló en cédula el Cardenal Ximénez de Cisneros, sin darse cuenta de que este egregio título no había de ser común á todos los que para igual función fueran nombrados, sino privativo de Las Casas, por irrevisable decreto de la Historia; aquel apóstol impetuoso, irascible á las veces, como ha de serlo siempre la justicia afrentada; aquél que se enristra con Carlos V, no dobla la cerviz ante Alejandro VI, echa fuera á los tres frailes jerónimos, arribados de España para informar de lo que aquí ocurría, é inhábiles, por tibieza, para servirle en sus empeños; aquél que reta á Almagro y á Pizarro, batalla sin cesar con el encomendero, y cierto en su fuerza, no pide auxilio de armas, sino cincuenta domínicos, para cristianizar, él por sí solo, la porción de tierra que le cediesen, con tal que no la hubiera antes hollado pie de español aventurero; aquél que, por amor

al indio quiso emanciparle de la esclavitud, aun consintiendo en que el negro la sufriera, extravió que hubo de confesar contrito y penitente en su «Historia de la Destrucción de las Indias;» aquel Las Casas, jire el tiempo lo que jire, será siempre la humanización más grande y bella de la caridad; y han de mirarle las generaciones cruzar y volver á cruzar el Océano, con el espanto en los ojos, pálida la faz, cual si volviera del infierno; pordiosero como Colón, pordiosero de amor para los pobres desamados, y menos feliz que el navegante genovés, no hallando nunca tierra para los muertos insepultos, ni almas abiertas á la caridad, ni el mundo prometido á la justicia.

Entre el feroz exactor y el indio inerme, se alza el misionero. Se alza débilmente, como cuerpo ayuno. Han pasado las épocas en que la mano de un ángel detenía el brazo de Jacob, armado de cuchilla. Isaac será sacrificado.

Ni eran ángeles los misioneros, sino—algunos de ellos,—espíritus angélicos. La fe podía darles todo lo cuasi sobrenatural que pueden dar la confianza ciega en final triunfo y el intemor absoluto al suplicio y á la muerte. Era imposible que les diera algo más. Humildes, contemplativos, mendicantes, no podían atajar las voracidades del encomendero. Su reino no era de este mundo; aguardaban todo del cielo; algo—bien poco—de su rey. No podían ni aconsejar la rebelión: primero, por católicos; y por españoles, luego. Estaban aquí para evangelizar, para ir filtrando en la densa masa indígena las doctrinas cristianas, y como por las paredes de una gruta suele escurrir el agua que es arriba torrente, así brillaron esos hilos tenues, esas gotas sorbidas trabajosamente, en la conciencia oscura de la raza conquistada. De aquellos misioneros, el más hombre es Las Casas, el que más humanamente lucha con el conquistador. Por eso personifica á esos semi-incorpóreos expectantes que alzan la vista al cielo, y, sin cansarse, porque era desconocida la desesperanza para ellos, tienden los flacos brazos pidiendo á Dios misericordia.

«El cristianismo—dice Justo Sierra,—produjo un bien, abolió los sacrificios humanos: produjo un mal grave, hizo á los indígenas más resignados y sumisos, les preparó para la pasividad absoluta.»

En todo caso, de este mal no resultan culpables los misioneros. Ellos habían venido á predicar esa resignación que constituye la esencia del catolicismo. Eran ellos mismos absolutamente pasivos.

Ahora bien, ¿esa resignación, con alas de esperanza, no era indispensable para que la raza se salvara? Si no podía luchar con el conquistador, ¿no fué refugio bueno para ella el de esa doctrina eternamente prometedora? ¿No alivió la condición del indio la fe nueva? ¿No fué su báculo el de humildes franciscanos, amadores de la naturaleza y del dolor? ¿No la elevó arrancándola á los ritos sangrientos? ¿No humanizó las supersticiones idolátricas? Y todo ello ¿fué ó no conveniente, cuando no indispensable, para la conservación de la raza? Si lo fué, y así es, ¿la no desaparición de tal raza es un bien para la humanidad?

En otro libro, en el *México Constitucional y Político*, dice sabiamente Justo Sierra: «Los misioneros y los Reyes de España que procuraron que la raza indígena no desapareciera, substrayéndola á la esclavitud á que querían reducirla los conquistadores y cercándola con una tutela patriarcal, hicieron bien, sin embargo, y redundará en honor de España la comparación de esta conducta con la destrucción sistemática de las tribus en las colonias inglesas.»

Cumplió bien su deber el misionero.



INDICE

IMPRESIONES DE TEATRO.

	PÁGS.
«Mantos y capas.»—«Lo que vale el talento»	3
Teatro de opereta.—Mr. Grau, Comelli.—«Carmen» y la Gregoire . .	11
«La Mascotte.»	19
«Música clásica.»—«La Canción» y Concha Méndez	27
Los ensayos	33
«Divorçons.»	41
«El Salto del Pasiego.—La música española y la música francesa . .	53
Cosas idas.—Las comedias de magia	59
William Shakespeare	65
Otelo	71
Otelo.—Yago.—Desdémona	75
Hamlet	79
«Romeo y Julieta»	87
«Lo Positivo»	93
«A secreto agravio, secreta venganza»	101
«Rigoletto»	107
De algunas comedias	111
Don Juan Tenorio	117
El Padre de «Don Juan»	123
Virginia Reiter	127
Coquelin	131
A propósito de Coquelin	141
El teatro español contemporáneo	145